

¿Solo se salva el que cree? Hay personas que dicen: «la fe me salvará». ¿Es la salvación cuestión de fe?

En esta pregunta se plantean dos cuestiones esenciales. En primer lugar, si la fe es necesaria para la salvación y, en segundo lugar, si la fe es suficiente para salvarse.

Acerca de la necesidad de la fe para la salvación, la Sagrada Escritura nos enseña que sin la fe es imposible agradar a Dios, porque el que se acerca a Dios debe creer que existe y que premia a quienes le buscan (cfr. *Carta a los Hebreos* 11, 6). Por tanto, para recibir la salvación es necesario, al menos, creer que Dios existe y que remunera a los hombres según la bondad o la maldad de sus actos. Aquellas personas que no han oído hablar de Jesucristo han de creer en la existencia de Dios, al que pueden conocer con la luz natural de la razón como un Dios creador del hombre y providente. Los cristianos, que –por el don de la fe recibido en el bautismo– creen en la Trinidad y en Jesucristo, el Verbo encarnado, han de perseverar en la fe para salvarse.

Por tanto, para salvarse todos los hombres necesitan la fe, pero la fe sola no es suficiente. Lo que decide la salvación eterna

del hombre es su actitud con respecto a Jesucristo.

Solo Cristo es la «firme esperanza» del hombre: únicamente de Él podemos esperar una salvación definitiva que supere todos los males que nos aquejan. Con la muerte y la resurrección de Cristo, Dios ha hecho un pacto perenne, irrevocable, con el hombre; por eso los cristianos tenemos la firme esperanza de que, a pesar de nuestras propias debilidades, si correspondemos a Dios, seremos salvados por su misericordia.

Aunque la fe en Jesucristo proporciona al hombre los motivos para vivir esperanzados en la salvación, esta no es únicamente resultado de nuestra fe. La fe sola no salva: quien nos salva es Cristo, en quien hemos puesto nuestra fe y nuestra esperanza. Y Cristo nos exige que nuestra fe esté «viva», es decir, que se manifieste en obras, especialmente en las obras de misericordia.

La verdadera fe no consiste en una mera aceptación teórica de la existencia de un Dios que «me salvará», o en una confianza presuntuosa en que, al final, pase lo que pase y haga yo lo que haga, Dios me salvará. Si la fe consistiera únicamente en esto, la

salvación aparecería como algo mágico, arbitrario e irracional, en último término, supersticioso. Dios se toma en serio la libertad de los hombres y por eso para salvarnos es necesario comprometer nuestra vida.

La fe auténtica, la que está viva, transforma esencialmente toda la existencia del ser humano y se caracteriza por la respuesta comprometida al amor de Dios que se nos ha manifestado en la entrega salvadora de Cristo. Don de Dios y compromiso del hombre son los dos componentes esenciales de la fe del cristiano. Es el amor, la caridad, la que convierte nuestra fe en una fe viva y plena, mientras que una fe sin obras, una fe que no implique al ser humano en la totalidad de su vida, es una *fe muerta*.

Para salvarse es necesario confiar en Dios y también aceptar la Verdad que nos ha revelado en Jesucristo y amarle sinceramente. Una muestra de que la fe es auténtica es la obediencia a Dios. En palabras de san Juan:

«Quien guarda su palabra, en ese el amor de Dios ha alcanzado verdaderamente su perfección. En esto sabemos que estamos en Él» (1ª Carta de san Juan 2,5).■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
161; 183; 846; 1814-1816.

Miguel Brugarolas